Presentación

Escritos de las viajeras

Eugenia Popeanga*

Desde siempre el viaje se ha perfilado como una coordenada esencial en la trayectoria vital del ser humano; la que pretende conocer y conquistar nuevos espacios. Viajar por necesidad o por placer significa emprender una aventura cuya base esencial es el deseo de descubrir, de conquistar y, en definitiva, el ansia de iniciación, de adentrarse en el conocimiento de uno mismo y del prójimo. Los dos primeros componentes implican necesariamente un desplazamiento espacial, mientras que la aventura de iniciación, tal vez la más completa, puede realizarse a veces prescindiendo del viaje físico o espacial, a cambio del viaje temporal y estático. Podemos hablar, pues, de viajes reales y de viajes imaginarios, de viajeros que dedican parte de su vida a recorrer caminos unas veces trillados, otras desconocidos y arriesgados, o de aquellos que, con ayuda de la imaginación, la ensoñación y la proyección mental hacia el pasado o el futuro, recorren mundos diversos.

Todo viajero que vive una aventura real o imaginaria trata de dejar testimonio de su experiencia. Desde la época clásica y después la medieval, el *homo viator* percibe el espacio como un soporte libre de fronteras a través del cual se permite emprender aventuras y satisfacer su afán de descubrimiento y conquista.

Viajar significa, pues, una aventura vital, a veces sin retorno, encaminada a negociar con seda y piedras preciosas, así como a la traída de importantes novedades, como la pólvora, el papel o la brújula, sin olvidar la aportación de la palabra de Dios allá donde esta se desconoce. Raros son los viajeros por placer, pues la mayoría son viajeros que cumplen una misión y cuyos testimonios tienen por principales destinatarios a reyes, papas u órdenes religiosas. El contenido de sus escritos aparece como un cúmulo de datos de orden antropológico, económico, histórico-geográfico, lo que proporciona un conocimiento relevante de las remotas tierras asiáticas, incluso

* Universidad Complutense de Madrid.

africanas. En el contexto que nos ocupa, los viajeros son, por supuesto, todos hombres, sin que ello signifique que las mujeres no viajasen, pues se conocen reinas y grandes damas que se movían a sus anchas por Europa, o incluso acompañaban a sus esposos en las cruzadas, o en sus campañas bélicas. Aparte de la monja Egeria, que plasma en un relato su viaje a Tierra Santa, escasean los relatos de viajes realizados y escritos por mujeres. Habrá que esperar varios siglos para disponer de ese tipo de textos.

Los escritos de viaje tienen su propio diseño formal, es decir sus características, de índole fáctica en la mayoría de los casos, contando un viaje real cuyo autor y protagonista forman sincretismo, por lo que la narración está en primera persona. Esto resalta el carácter autobiográfico del relato, cuyo discurso abarca un contenido enciclopédico (geográfico, histórico, antropológico), manteniendo un estilo «ficcional», surtido de anécdotas e historias a veces de dudosa autenticidad. Estos textos pueden concebirse en forma de diario o de cartas en que se hermanan los componentes espacial y temporal, o bien en forma de crónica de viajes, escrita casi siempre una vez realizada la aventura, por lo que es susceptible de entreverar elementos de ficción en el discurso realista. Las mujeres viajeras optan normalmente por el género epistolar, y entre los siglos XVII y XVIII nos encontramos con dos ilustres damas: una es *lady* Mary Montagu y la otra, la condesa D'Aulnoy. La primera acompaña a su marido a la corte del sultán otomano y en sus cartas cuenta su viaje con destino a Estambul, así como sus experiencias en la metrópoli turca. De Mary Wortley Montagu diríamos que se trata de una viajera por la ciudad, ya que sus cartas reflejan principalmente su vida en la urbe del Cuerno de Oro (*Krisokeras*). Así, su testimonio epistolar nos informa de las costumbres turcas, dado su acceso directo, merced a su posición social, a espacios vedados a la mayoría, como el harén o los baños (*hammam*).

La condesa D'Aulnoy pasa un año en su viaje por España, reinando Carlos II, de cuya corte nos deja una interesante visión de carácter histórico y antropológico. Se vale también del género epistolar para contarnos su viaje en pleno invierno de París a Madrid, con breves y precisas pinceladas del paisaje recorrido, sin olvidar detalles sobre fiestas, costumbres, alojamientos y gastronomía locales. Tanto las cartas de la viajera inglesa como las de la francesa, ambas autoras pertenecientes a la alta aristocracia, cartas básicamente de índole testimonial, aportan copiosos datos del país que visitan, a la vez que ofrecen detalles personales.

El siglo XVIII se perfila como una época de viajes frecuentes emprendidos sobre todo por jóvenes ingleses y alemanes. El *Grand Tour* repre-

senta el deseo de conocer y vivir *in situ* la cultura y civilización clásicas, visitando el escenario de *La Ilíada* o de *El país donde florece el limonero*. Se trata, pues, de una aventura de redescubrimiento del arte y la belleza arquitectónica del Renacimiento y, más tarde, de la Grecia clásica, en un tiempo de formación y aprendizaje, plasmado en cartas, diarios de viaje y también en relatos. Se supone que viajaban asimismo mujeres, solo que escasean los testimonios, no siendo el caso de *lady* Mary Wollstonecraft, que viaja por los países nórdicos, dejándonos al respecto cartas de Suecia, Noruega y Dinamarca. La mujer viajera es considerada osada en extremo y hasta excéntrica, y las pioneras en esas aventuras, como los jóvenes del *Grand Tour*, provienen de la alta aristocracia inglesa. Algunas acompañan a sus esposos, pero la mayoría viajan solas, ansiosas de la libertad que les proporcionan el desierto, las tierras áridas de Oriente Medio o del norte africano. Esas mujeres dejan cartas y memorias que dan fe de su valentía y su deseo de encontrarse a sí mismas, así como de la necesidad de independencia. Su relación con el prójimo es ambigua. Por una parte necesitan al nativo, tanto que algunas de ellas se integran en la vida social primitiva, pero siempre se sienten por encima del indígena, conscientes como son de su alcurnia. Muchos de sus relatos se publican a título póstumo, por lo que su impacto será tardío.

Empezando por la excéntrica *lady* Hester Stanhope (1776-1839), que elige viajar por el Próximo Oriente, desfila una larga serie de viajeras, bien solitarias, bien acompañadas, que emprenden la aventura de descubrimiento de espacios que les proporcionan libertad e independencia. A fin de conocer más y mejor el carácter de estas viajeras, de sus itinerarios, exploraciones, incluso anécdotas que dan color a su escritura, remitimos al libro de Cristina Morató *Viajeras intrépidas y aventureras*.

Dejando, pues, de lado las figuras femeninas y sus rasgos biográficos, unidos a su faceta viajera, nos interesa centrarnos en sus textos y en su capacidad de conjugarlos con el discurso científico o artístico, así como en su recepción por parte del público y la crítica de la época. Si nos centramos en las viajeras del *Grand Tour* y en las posteriores de la época victoriana, nos encontramos ante dos tipos de escrituras: de una parte, las de carácter personal u ocasional; de otra, las enmarcadas en una obra más extensa, donde el texto viajero convive con el texto ficcional. A las del primer tipo se les achaca una falta de estilo adecuado, relacionado con el de las cartas, las memorias o los diarios, donde lo literario propiamente dicho queda solapado por los rasgos personales, las pinceladas costumbristas, que adornan el texto de índole objetiva de toques humorísticos. En muchas ocasiones

se utilizan lexías nuncupatorias, dedicatorias, citas, lemas y prólogos que advierten al lector de la intencionalidad de la viajera. Respecto al texto, presenta a veces una forma híbrida por cuanto mezcla elementos informativos y detalles de tipo personal. Algunas viajeras utilizan historias incrustadas en el texto viajero, consistentes en pequeños relatos recibidos de boca de la gente. Se trata de un recurso adoptado por el propio Heródoto. Aparte del yo autor-narrador, nos encontramos con personajes reales o imaginarios que permiten usar diversos registros estilísticos encaminados a dar verosimilitud al relato. Aun así y teniendo en cuenta que las viajeras del siglo XIX arrojan al respecto una importante producción literaria, no dejan de ser consideradas mujeres excéntricas, autoras de relatos de aventuras propicias para el consumo de lectoras femeninas. Muchos de estos relatos, sin embargo, aportan datos importantes en relación con la flora, la fauna, los usos y costumbres de las tierras visitadas, información esta acompañada a veces de ilustraciones gráficas, ejemplares de plantas y de peces, aportación que contribuye al conocimiento científico de los hallazgos novedosos. En la literatura que nos ocupa cabe destacar el valor unido al deseo de viajar, de afianzar la propia identidad y su libertad, afrontando tierras peligrosas, exóticas e ignotas.

Con la entrada en el siglo XX y el consiguiente desarrollo progresivo de los medios de transporte, las mujeres continúan viajando cada vez en mejores condiciones, al tiempo que varía la tipología de sus textos. La carta, real o ficticia, es reemplazada por la crónica de viajes, cuya protagonista mantiene su condición de diplomática, comerciante o misionera, bien que en primera fila predomina la escritora o periodista viajera que utiliza sus propios recursos narrativos para llevar a efecto sus relatos. Las mujeres viajeras son en su mayoría escritoras profesionales, de suerte que el contenido real del viaje se enriquece con adornos propios de su oficio literario.

El relato de viajes ha ido desde siempre iluminado, pero con el desarrollo de la fotografía, la ilustración ha enriquecido sus posibilidades informativas, extensibles a los lugares visitados, así como al sujeto de la enunciación o autora del relato. Desde las crónicas de viajes de doña Emilia Pardo Bazán sobre la Exposición Universal de París, hasta los diarios de viaje de Virginia Wolf, o *Viaje a la luz del Cham*, de Rosa Regàs, y las experiencias viajeras contadas «en diferido» por Patricia Almarcegui o Cristina Morató, tenemos toda una pléyade de escritoras que continúan la línea atrevida y liberadora de la mujer viajera de siglos anteriores. En la actualidad y con los medios de transporte modernos, parece que poco queda por

descubrir. Puede que conozcamos mejor el espacio en que vivimos, pero siempre queda el otro, el del vecino, cercano o lejano, que está por conocer o descubrir, sobre el que podamos contar.

El libro aquí presentado hace un recorrido por las distintas escrituras viajeras desde el siglo xix hasta el xxi. Nos encontramos con una viajera inglesa de la época victoriana, con viajeras del siglo pasado, catalanas, portuguesas o rumanas, que viajan a tierras lejanas, o descubren nuevos aspectos de tierras próximas y conocidas. Escrituras de todo tipo, de índole autobiográfica, directa o indirecta, a la manera de la crónica de viajes. Hay viajeras que escogen como espacio de su periplo la gran ciudad, a veces más peligrosa y sorpresiva que la más remota selva. La imagen, tan importante en el relato de viaje desde los primeros grabados hasta la fotografía actual, acompaña muchas veces la escritura. Destacamos el uso del discurso poético para configurar una nueva cartografía hecha de ciudades, mares, desiertos y bosques.

Este volumen es resultado del trabajo del Grupo de Investigación «Viajar por la ciudad. Representaciones literarias y artísticas del espacio urbano» (UCM 930423), que ha contado con la financiación obtenida gracias a la convocatoria de ayudas a Grupos UCM2022-GRFN14/22 del Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad Complutense de Madrid.